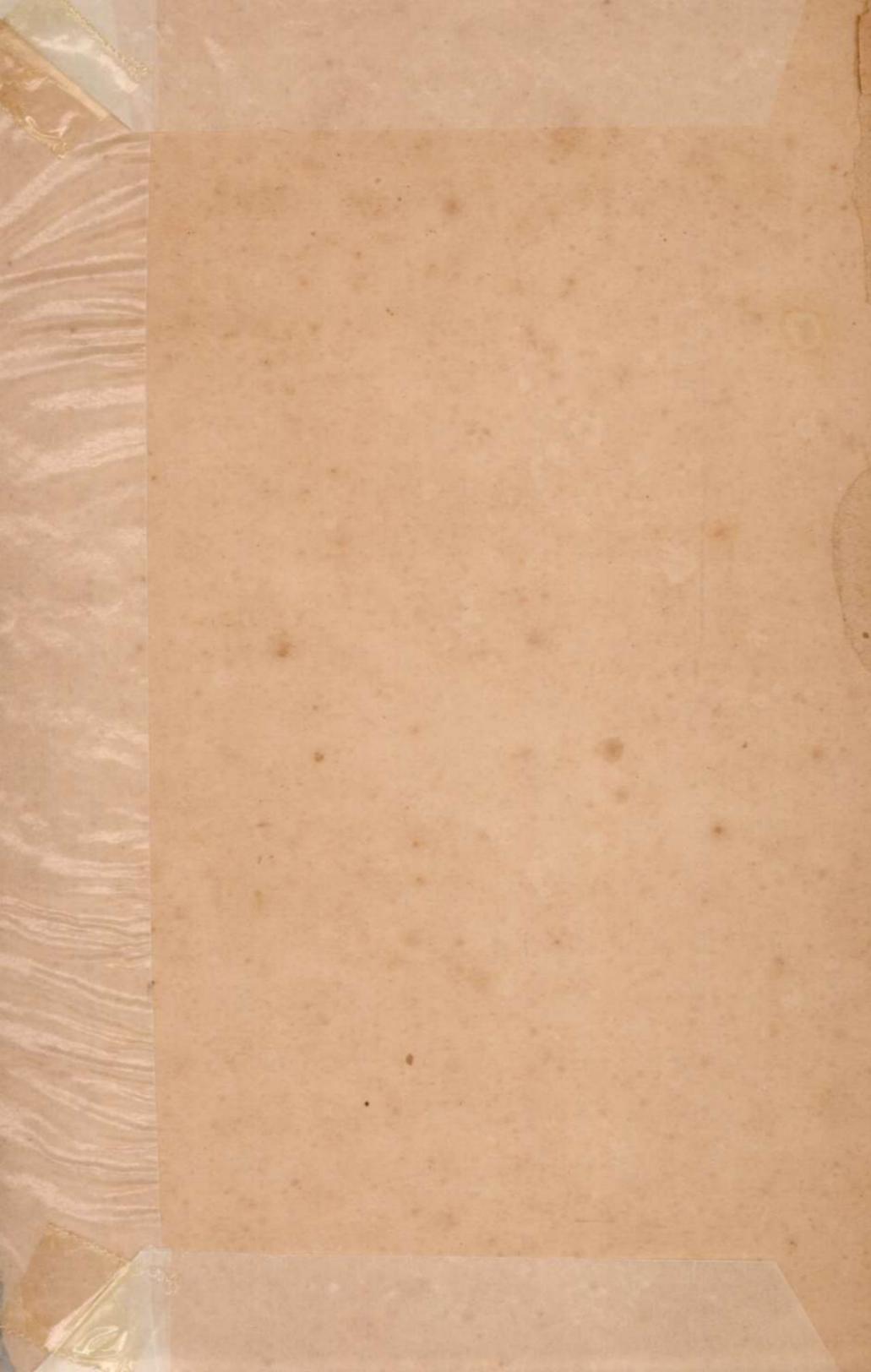


LAS HORAS QUE PASAN

F. VILLAESPESA

C. de la...
...





75

50,00

LAS HORAS QUE PASAN

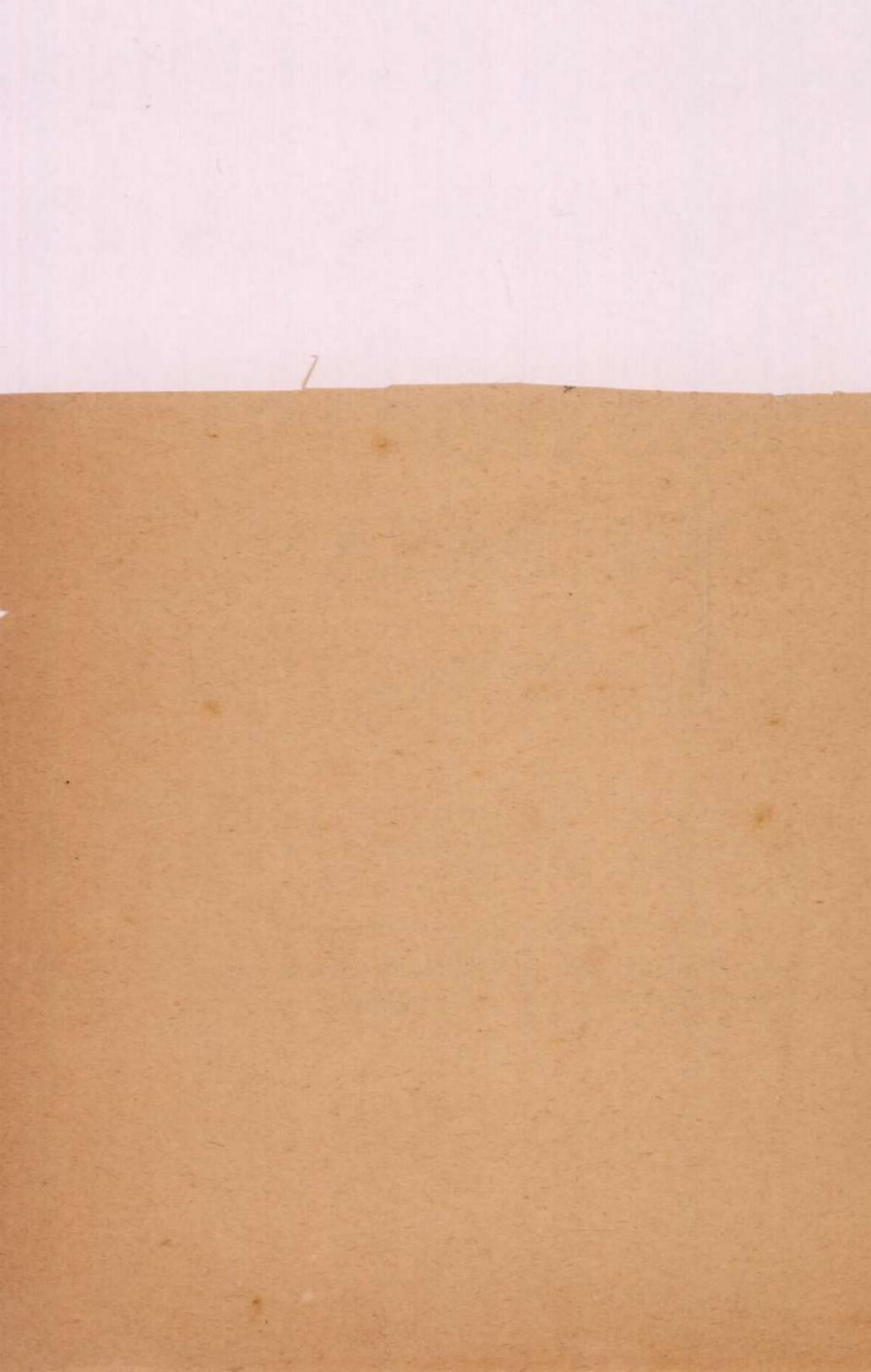
Tip EL ANUARIO.—Diputación, 344.—F. GRANADA Y C.^a
(Obra compuesta con máquinas LINOTYPE)

LAS HORAS QUE PASAN

POESÍAS

F. GRANADA Y C.^ª, EDITORES

344, DIPUTACIÓN, 344 || MESONERO ROMANOS, 10
BARCELONA || MADRID



R. 70.126

20 ms.

1
0
818



DEDICATORIA

Al Excmo. Sr. D. Natalio Rivas

Homenaje de gratitud,
de su devoto amigo y
paisano

F. VILLAESPESA

Madrid, Febrero de 1909

LA CANCIÓN DE LA VIDA

A Juan Héctor

La canción de la vida

El eco melancólico de mi canción doliente,
ahora no hará que inclines la pensativa frente

sobre el devocionario de las Meditaciones...
Un himno de alegría entra por los balcones.

Flamean las cortinas cual banderas triunfales;
los espejos reflejan paisajés orientales,

y al beso de las tibias brisas llenas de aromas
semejan las cuartillas bandadas de palomas

blancas, que, aleteando, quieren alzar el vuelo
para cantar la Vida bajo el azul del cielo.

En el aire hay caricias... La campiña está en fiesta;
un incendio de púrpura llamea en la floresta,

y revoloteando en las torres vecinas
parece que nos hablan de amor, las golondrinas.

¡Abandona, poeta, castillos medioevales,
donde, encantadas, sueñan princesas ideales;

ojos sin sol, de vidrio: mano que puede apenas
sostener una mística guirnalda de azucenas!

Canta ese amor ligero, ese amor que no deja
más que un fru-fru de encajes y seda que se aleja;

un recuerdo suave, una leve fragancia,
y el eco de una risa vibrando en nuestra estancia.

La mujer que al acaso hallaste en tu jornada,
su lacisva cabeza reclina en la almohada,

y entreabiertos los labios y palpitante el pecho,
desnuda y temblorosa se te ofrece en el lecho...

¡Gózala intensamente!... Esa desconocida
que el azar á tus brazos ha arrojado, es la Vida.

Mañana será otra, igual ó diferente,
morena, rubia ó pálida, insensible ó ardiente.

Será acaso más bella, quizás será más loca...
¡Darás el mismo beso aunque en distinta boca!

La inconstancia de una en brazos de otra olvida...
Ama, bebe y alégrate... Es un festín la Vida.

Sonríe eternamente—es un sabio consejo—
al placer como un niño y al dolor como un viejo.

La luz fulge... Se pueblan los aires de canciones...
Es la hora bendita de las Iniciaciones...

El sol como una inmensa y lúbrica mirada
incendia en un relámpago de luz á la enramada.

Calla el pájaro, apaga la fuente su lamento,
y se besan los árboles á los besos del viento...

No llores sobre el féretro de olvidados amores.
¡ Ven al jardín, aun quedan en los rosales flores!

¡ Aún hay nidos y tálamos entre el ramaje espeso,
y labios en flor, dignos de recibir tu beso!

HORAS SENTIMENTALES

I

Las niñas grises

A Augusto de Castro

El sol apagaba sus rojos fulgores
tiñendo de rosa las cumbres lejanas,
cuando por el parque cubierto de flores
desfiló el cortejo de las hospicianas.

Iban lentamente, baja la cabeza,
con los ojos tímidos fijos en el suelo,
como si pidiesen para su tristeza
á la Tierra madre, ternura y consuelo.

Caminaban mudas, graves y ojerosas,
en largas y grises hileras iguales,
y sus rostros pálidos semejaban rosas,
rosas amarillas de enfermos rosales.

Son aves de paso que cruzan la vida
sin hallar un nido donde las esperen...
Triste es su llegada, triste es su partida,
y llorando nacen y llorando mueren.

En la noche nadie vigila su sueño.
Sólo cuando cierran los ojos dolientes
baja el melancólico Angel del Ensueño,
separa sus rizos y besa sus frentes.

Viven en la sombra... Pálidas violetas
que en el negro fango del vicio crecieron...
No se alegran nunca... ¡Besemos, poetas,
esos tristes labios que jamás rieron!

La amargura vela su mirada grave.
Son cuerpos de niñas con almas de ancianas...
Sigamos sus pasos con amor... ¿Quién sabe
si son nuestras hijas ó nuestras hermanas?...

El eco del *Angelus* resuena á lo lejos.
Todas se arrodillan y rezan en coro,
y del sol poniente los vagos reflejos
envuelven sus sienes en nimbos de oro.

II

Los ciegos

A Mariano de Cavia

Gime en los jardines
que deshoja el viento,
un largo lamento
de tristes violines.

Eco de congojas
que muere inconstante
entre el vacilante
temblor de las hojas.

Cruzan, tateando,
los mendigos ciegos
el parque, ensayando
sus líricos ruegos.

Y las cuerdas viejas
suspiran, imploran...
parece que lloran
olvidadas quejas.

Los ciegos caminan
trabajosamente.
Tropiezan: inclinan
la pálida frente;

y se alejan lentos,
—los ojos clavados
en sus pensamientos—
por los encharcados

senderos, perdidos
en una quimera,
¡con el alma entera
puesta en los oídos!

Pasan los violines
su voz apagando,
y se van quedando
mudos los jardines.

A veces un lento
suspiro de pena,
lejano resuena
temblando en el viento...

Eco de congojas
que muere inconstante
entre el vacilante
temblor de las hojas.

III

Flor de otoño

A Felipe Trigo

Cuando me sonríes tras la vidriera,
de las tibias tardes á la luz dorada,
fatigado y triste sobre la almohada,
tu pálido rostro parece de cera.

Tienen tus sonrisas el lúgubre encanto
de una flor que muere cuando á abrirse empieza,
y hay en tus pupilas tan honda tristeza
que, al verlas, los ojos se cubren de llanto.

Golondrina herida que abandona el nido,
tu vuelo á la tierra se inclina ligero ;
y eres una efímera flor de invernadero
que tan sólo vives á fuerza de cuido.

Es más transparente cada vez tu mano,
más amarillenta tu faz demacrada ;
y tu voz suspira, débil y apagada,
como si viniese de un mundo lejano.

Ves ante tus plantas el sepulcro abierto ;
nostalgias de antiguas primaveras sientes,
y tus negros ojos profundos y ardientes,
parecen dos cirios que alumbran á un muerto.

Siempre pensativa, triste y ojerosa,
notas que la vida voluble te deja ;
y el eco angustioso de tu tos, semeja
un golpe de azada, cavando una fosa.

Vestida de blanco, te pierdes como una
quimera de nieve, por la noche en calma,
como si tu cuerpo fuese todo alma,
como si tu alma fuese toda luna.

Y los caminantes exclaman, al verte
subir de mi brazo la agreste vereda:
—¡Pobre flor de Otoño, qué poco le queda!...
¡Lleva ya en la cara grabada la Muerte!

IV

La canción del regreso

A Abel Botelho

La luz alborea...
Entre húmedas rosas
la casa blanquea...

Por sendas brumosas
se esfuman borrosas
siluetas.

Resuenan
confusos rumores
de voces lejanas...

Metálicas sueñan
las claras campanas...

Entre nubes de polvo, descende
un rebaño. Hiende
el espacio la alondra sonora.

Ladra un mastín, olfateando
los zarzales en flor del camino...

Canta una voz tímida, y una niña llora
entre el polvoroso frescor del molino...

¡Detente, viajero!
¡Sacude tus viejas sandalias gastadas
en las piedras de tanto sendero
y entre el polvo de tantas jornadas!

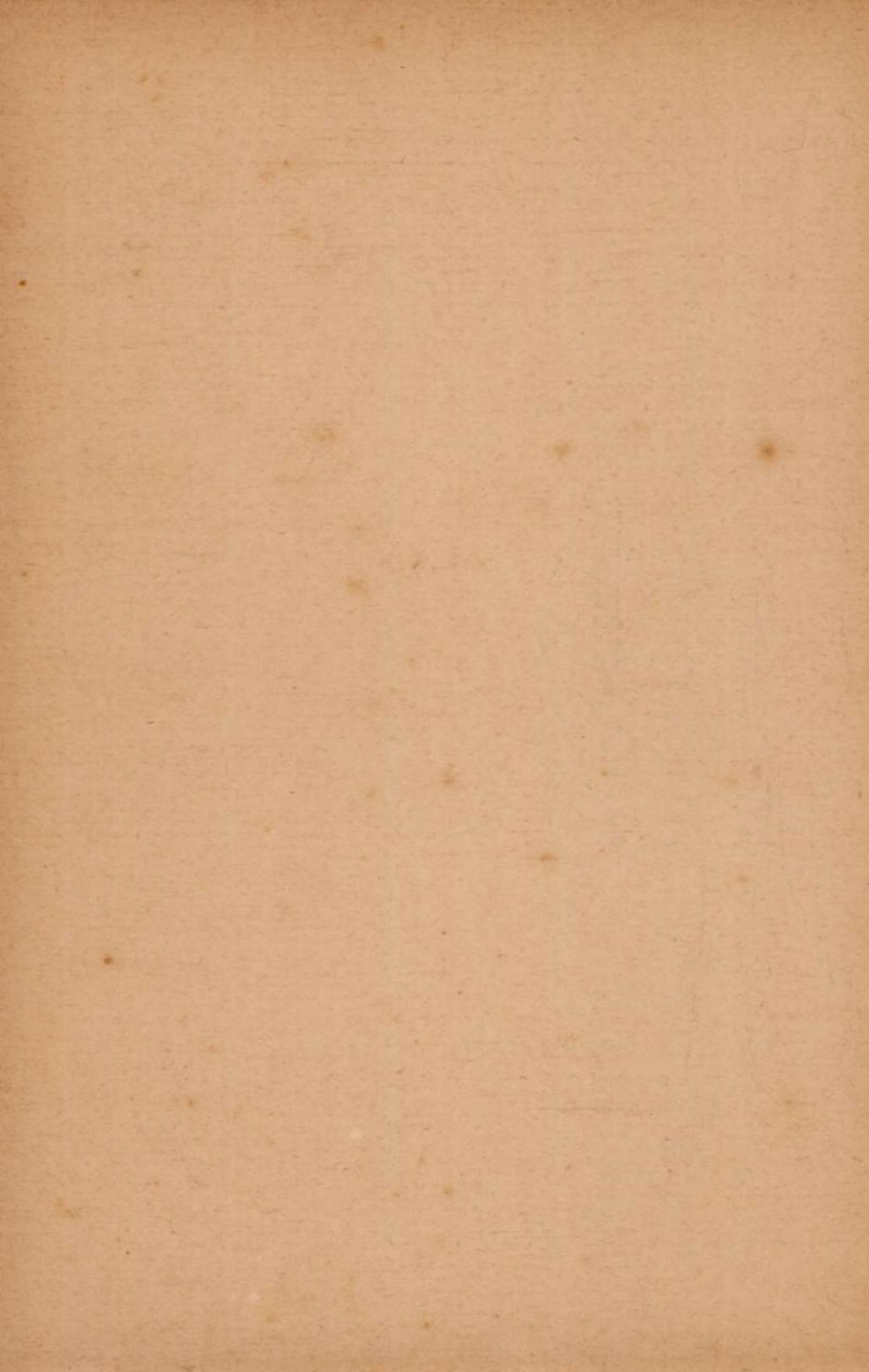
Estás en tu valle. Contempla á lo lejos
de la aurora á los claros reflejos,
humeando tu hogar entre flores...

¿No llega á tu oído
en la brisa, un cantar conocido
que te evoca remotos amores?

Al mirarte cruzar la llanura
el labriego su paso detiene...
Te saluda, y, muy quedo, murmura:
—¡Qué delgado y qué pálido viene!

.
La casa despierta...
Abierta
se ve la ventana...

Y entre los doseles
de la enredadera,
una mano de nieve, ligera,
riega un tiesto de rojos claveles.



V

Canción de juventud

A Alfonso Hernández Catá

—Es la hora de cantar...
¡Alégrate, corazón!
y consuela tu pesar
con la más dulce canción.

Canta el dolor de tus penas
y el gesto de tu desdén...
¡A compás de sus cadenas
el preso canta también!

¿Qué importa que los dolores
mustien tus sueños en flor?
¡Se ciega á los ruseñores
para que canten mejor!

Goza la paz del momento;
las rosas pronto se van,
y si hoy no aspiras su aliento
¡mañana se secarán!

Muerde la fruta madura,
corta las rosas en flor...
Menos que las resas dura
la Juventud... y el Amor.

Olvida cuanto has pasado...
¡Alégrate, corazón!
Canta tu canto... ¡Ha llegado
el tiempo de tu canción!—

Así, cantando, al sonoro
compás del viejo laúd,
en su góndola de oro
pasó nuestra Juventud;

y al escuchar sus canciones
fugaces, más de una tez
tras los góticos balcones
se cubrió de palidez...

SAMARITANA

A Eugenio de Castro

Samaritana

¡Es tu amor tan lejano! La blanca casa abierta
alegra la planicie desolada y desierta.

En las grises y áridas arenas del sendero
se hunden las polvorientas sandalias del viajero

que, bajo un sol de plomo, camina torpemente,
soñando con la clara frescura de una fuente...

Las palmeras del pozo, la tarde, tu pequeño
jardín, todo aparece como á través de un sueño,

en el que tú, sentada al borde del camino,
ofreces, generosa, tu ánfora al peregrino

que, apoyado en su báculo lentamente camina
en busca de los místicos lirios de Palestina.

Tu voz es un recuerdo...—«Entrad, hombre piadoso,
entrad; bajo mi techo encontraréis reposo...

Con bálsamos de Arabia, con preciados ungüentos
yo curaré la herida de vuestros pies sangrientos.

Y de noche, desnudo el seno tembloroso,
ungida y perfumada como para un esposo,

entreabriendo la puerta os diré, pudorosa:

—¡ Entra, amado! Te espera en su lecho, la esposa. »—

Ya jamás volveremos á encontrarnos. Romero
de un ideal ignoto, marchó sin derrotero,

por esa laberíntica senda larga y oscura
de la que no se vuelve jamás. Una Locura

me lleva de la mano y me canta al oído
para dormir mis penas la canción del Olvido.

Sólo recuerdo un nombre de lánguida armonía;
una mano que tiembla, febril, entre la mía;

y una carita rosa, que, á la luz de la aurora,
al verme de camino, en la ventana llora.

Ahora, lentos y graves, cruzarán los senderos
áridos, caravanas de otros nuevos romeros

que, mientras en los mares la luz del sol declina
marchan, cantando psalmos, hacia la Palestina.

Acaso tú, sentada al borde del sendero,
hilando los vellones de tu sueño postrero,

pienses en aquel pálido y extraño peregrino
cuya larga silueta, más que ninguna triste,

lentamente, á las luces de la mañana, viste
borrarse entre las nubes de polvo del camino.

HORAS DE SOL
DE OTOÑO Y DE NIEVE

I

Mediodía

A Mario Rapisardi

Ciegos horizontes...
Humean los montes
entre la calina

del sol. Una hoguera
de polvo es el llano...
El aire calcina...

En la carretera
el eje de un carro lejano
rechina...

Llanura desierta...
¡Pobre tierra muerta!...
Arido paisaje
sin sombras ni viento...

Sólo algún perdido
árbol retorcido
dobla su ramaje
seco y polvoriento.

Abrasa la planta
la fiebre del suelo.
Es de plomo el cielo...
La cigarra canta
su monotonía...

Bajo el sol ardiente
sueña el alma mía
—sola en el camino—
con el claro chorro del agua bullente
que salta espumosa
la fresca y umbrosa
presa del molino...

Ciegos horizontes...
Humean los montes
entre la calina
de sol. Una hoguera
de polvo es el llano...
El aire calcina...
En la carretera
el eje de un carro lejano
rechina.

II

Égloga

A Pompeo Molmenti

El chorro de la fuente
borbotea en el ánfora
de barro, que se llena,
mientras la virgen, pálida,
su sien con mano tímida
ciñe de rosas blancas.

El sol fulge en el chorro
borboteante.

El ánfora,

lentamente, su trémulo
ronco rumor apaga.

En aquel mediodía
estival caminaba
muerto de sed...

De pronto
sentí correr el agua,

y contemplé en la sombra
tranquila de las palmas,
la fuente que, al sol, era
cantar vivo de plata.

La virgen en su tímida
cadera apoyó el ánfora
y la acercó á mis labios
nueva Samaritana...

Yo miré enrojecerse
sus mejillas...

Temblaban
las manos, y su seno,
entre la tibia gasa
de encaje, como un preso
pájaro aleteaba.

III

Un surtidor lagrimea
su frescura en lo candente
del aire. El sol centellea
en el mármol de la fuente.

Arde bajo el cielo pardo
de crudos tonos de acero,
igual que en un pebetero
la carne oriental del nardo.

Y hay junto á la verde puerta
del ancho patio encalado,
una mariposa muerta
sobre un jazmín agostado.

IV

Las sombras de las olivas
se replegan á los troncos
lo mismo que cosas vivas.

Suenan lejanos y broncos
los cencerros del ganado
que soñoliento sestea
en los centenos del prado...
La tierra de fiebre humea...

A veces, entre las mieses
al cielo elevan las reses
su obscura y amplia testuz...
Bajo la nariz que humea
calor, la lengua chorrea
sangre de fuego y de luz.

V

Nuestra asfixia paladea
el sabor á calentura
que despide la llanura
que de sol y polvo humea.

Se tienden secas las fauces,
buscando en la carretera
y en la arena de los cauces,
un sorbo de agua siquiera.

—¡Sombra! clamamos en vano,
con voz que apenas se siente,
soñando con el lejano
arco de una vieja puente.

VI

Perfume de otoño

A Alfredo Blanco

La tarde se muere...
Respira la brisa
un triste perfume
de rosas marchitas.

La enferma, sentada
al balcón, se mira
las pálidas manos
exangües y finas.

Y al sol, en la nieve
de los dedos brilla
el rubí de una
dorada sortija.

Florece en sus labios
amarga sonrisa ;
y una leve lágrima
tiembla y se desliza
lenta por las pálidas
y enfermas mejillas.

La tarde se muere...
Respira la brisa
un triste perfume
de rosas marchitas.

VII

Otoño

A Marcellino Mezquita

Otoño en el paisaje,
Chopín en tu piano...

En la brisa hay perfumes
de lágrimas... El hálito
de algún rosal que el viento
deshoja en el cercano
jardín...

El cielo cruza
un fugitivo bando

de golondrinas...

Muere
sobre tu seno un ramo
de jazmines...

Se extingue
por los valles lejanos
un largo y lento doble
de campanas.

Y un rayo
humilde y temeroso
de sol poniente, entrando
por el balcón, enciende
de luz el empolvado
oro de tus flotantes
cabellos destrenzados ...

Otoño en el paisaje,
Chopin en tu piano...

VIII

Crepúsculo

A Adelaide Bernardini

En la paz inefable
de la luz que se apaga,
humildemente sube
al cielo una plegaria

de humo, mientras ahogando
su son en la distancia,
resuena, lento, el golpe
monótono del hacha.

Yo siento una tristeza
infinita y huraña,
recordando la cuna
de los niños..., la caja
donde el último sueño
duerme la vida humana.

Ella, el triste crepúsculo
contempla, muda y pálida;
y tenue el viento mueve
lentamente las páginas
de un libro que olvidado
yace sobre su falda.

En la paz inefable
de la luz que se apaga,
humildemente sube
al cielo una plegaria

de humo, mientras ahogando
su son en las distancias,
resuena, lento, el golpe
monótono del hacha.

IX

Nieve

A Francesco Pastonchi

Ni una brisa mueve
la yerta enramada...

La nieve
desciende callada
sobre la llanura...

Reina en la casita
—bajo la nevada—
la paz infinita
de una sepultura.

No turba la senda desierta
ni el vuelo de un ave...

Rechina una llave;
se entreabre una puerta;
y entre la neblina
gris de la mañana,
vibra la argentina
voz de una campana
lejana...

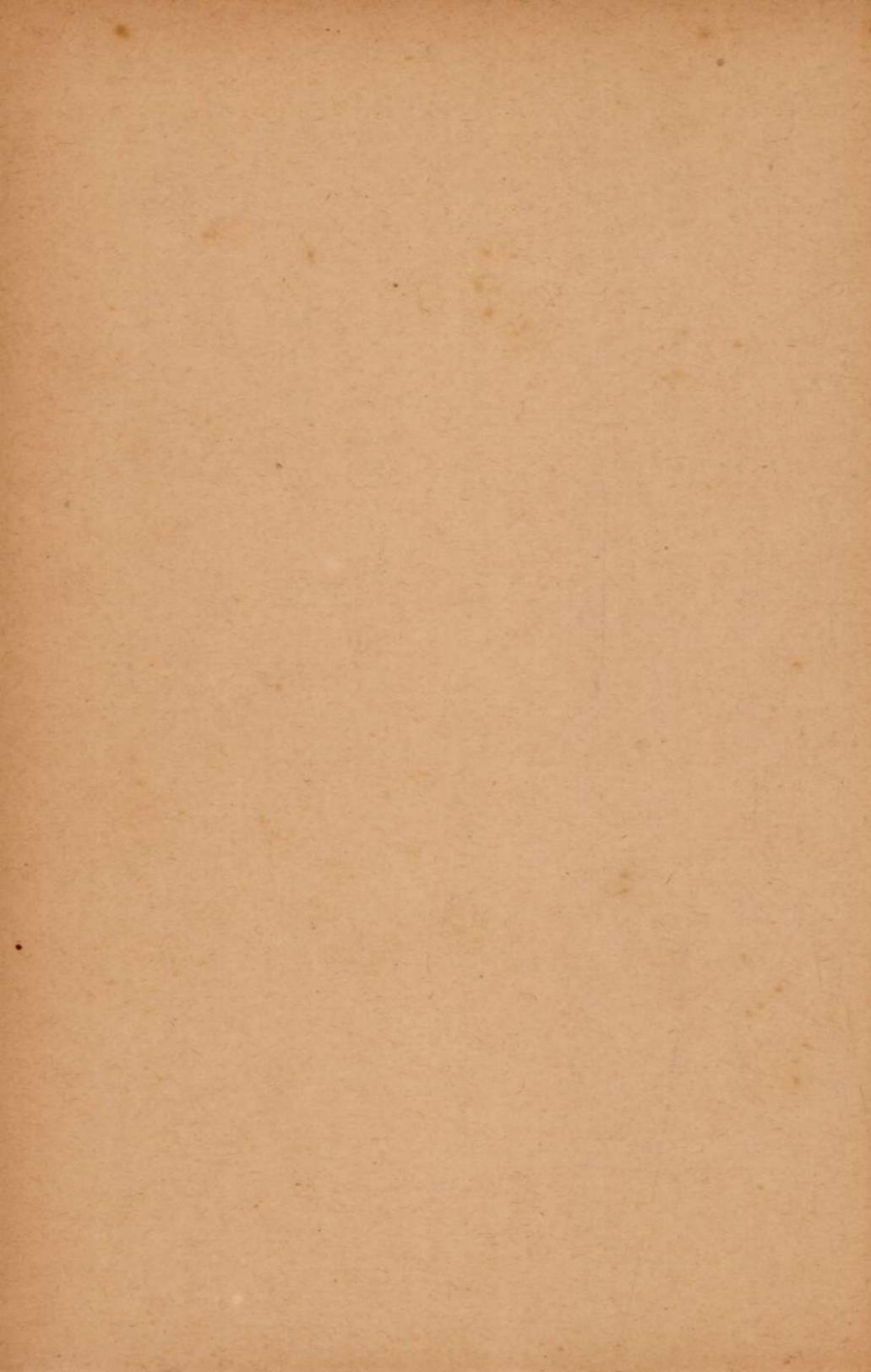
La nevada ciega...
Por aquel sendero
temerosa llega
la visión que espero.

Y sobre el paisaje
cubierto de bruma
se pierde y se esfuma
lo blanco del traje.

Ni una brisa mueve
la yerta enramada.

La nieve
desciende callada
sobre la llanura.

Reina en la casita
—bajo la nevada—
la paz infinita
de una sepultura.



X

Página blanca

A Augusto Gil

Nieva...

La nevada
se detiene lenta
sobre los tejados
humeantes...

Nieva.

A través del velo
que en el aire tiembla,
de espuma y de encajes
son las arboledas.

Y los copos trémulos
al caer, semejan
lluvia de azahares,
mariposas muertas.

Las voces se apagan...
Tienen la incoherencia
de palabras dichas
entre sueños.

Ciega
el paisaje.

El alma
de blancura enferma,
se duerme en un sueño
de eterna pureza...

¡Oh, cándidas frentes
de azahar cubiertas!...

La tarde agoniza...
¡Parece la tierra
—bajo la nevada—
una novia muerta!

XI

La fuente

A Angiolo Orviato

Modula su queja
de cristal doliente
la fuente...

Una fuente vieja
de piedra musgosa
que entre la espesura
surge temblorosa,
ebria de frescura...

Habla el agua, gime,
ríe vacilante...

—Voz del agua, dime
tu canción errante.—

La fuente se queja,
llora, se estremece
de dolor... Parece
que hablando se aleja.

Nombres olvidados
de viejos amores,
lejanos rumores
de besos callados...

Todo eso que llora
fugaz é incoherente,
lo repite ahora
la voz de la fuente...

Lo escucho en la queja
de cristal, doliente,
que gime la fuente...

Una fuente vieja
de piedra musgosa
que entre la espesura
surge temblorosa,
ébria de frescura...

MYOSOTIS

A Enrico Corradini

I

El libro de mis versos tiene un registro rosa
que señala la hora más bella de la vida...
Es el claro recuerdo de aquella edad perdida
que cuanto más lejana surge más luminosa.

Es hora en que á la sombra de algún árbol dormido
bajo la luz dorada del sol de Primavera,
un balbuciente y tímido labio, por vez primera,
una frase de amores murmuró á nuestro oído.

La frase, la divina palabra, se ha olvidado...
No sabemos qué dulce labio la ha pronunciado...
Pero queda la música de la voz, el acento

cariñoso y suave... ¡Pobre alma dolorida,
póstrate de rodillas y besa este momento,
el único momento dichoso de tu vida!

II

Una oración se eleva del jardín... En alguna senda, se apaga el eco de unos pasos distantes, y de los negros árboles las sombras ondulantes tiemblan sobre el movable cristal de la laguna.

En el fondo del parque melancólico, en una escala monotóna de notas vacilantes, el surtidor aventa su polvo de diamantes temblando bajo el pálido resplandor de la luna.

El alma solitaria de Chopín, de una mano
enferma á las caricias, preludia en el piano
los líricos sollozos de su melancolía.

Se duerme entre las teclas la mano evocadora...
La última luz se apaga, y en la selva sombría
palpita la voz trémula de un ruiseñor que llora.

III

Paisaje inverosímil de cosas increadas
en la vida. Ese vago paisaje de oro, seda
y perfumes flotantes, del que tan sólo queda
un recuerdo confuso de sombras disipadas.

Las estrellas son almas. Las flores del camino
incensarios que elevan su perfume á los cielos;
y una mística ola de inefables anhelos
suspende nuestras almas en éxtasis divino.

En todo reina un tímido silencio sobrehumano...
Se habla con la mirada; el labio no se mueve...
Ni el aliento más tenue, ni el rumor más pequeño...

No se besa la boca ni se estrecha la mano
de la Amada, temiendo que al contacto más leve
se deshaga en la espuma fugitiva del sueño.

IV

Bajo la cofia blanca el rostro amarillento
de la anciana sonríe   un sueño color rosa,
mientras con mano torpe, pálida y temblorosa
recuerda al clavicordio un canto soñoliento.

Como ahogados suspiros surgen de su garganta
de una canción antigua los ecos olvidados...
Y los niños, el índice en los labios, parados
en el dintel murmuran:—; Callad!... La abuela canta.

—«Oh, mi amor, mi esperanza ¿en dónde estás? ¿en dónde?
parece que solloza la música severa...
De pronto la voz muere en un eco suave...

Los niños se aproximan, la llaman... No responde.
¡Tiene el pálido rostro más blanco que la cera
que ardiendo se consume sobre la vieja clave!

V

—Do, Re, Mi, Fá.—La virgen da lección de solfeo.
Sobre el atril abierto donde el método ondea,
siguiendo el ritmo ágil de la música, veo
el lirio de su mano que en las sombras blanquea.

—Fá, Sol, La, Si...—Su acento diluye una fragancia
sutil, cual si de pronto por una vidriera
rota, llegase tibia á alegrar nuestra estancia
una fragante y cálida brisa de Primavera.

—Si, Do, Re, Mi...—Suspiran los labios infantiles.
¡Oh, Amor, Amor romántico de mis catorce abriles!
Azul de las pupilas, labios de rosa, y sobre

el hombro el áureo encaje del cabello deshecho...
¡Y yo, con ambas manos sujetando mi pobre
corazón, que quería saltárseme del pecho!

VI

La cita

En la tranquila alcoba perfumada
aún la lámpara sueña, vacilante,
nimbar la palidez de tu semblante
con su suave claridad rosada.

Te presiente en las sombras la mirada,
y el corazón espera, palpitante,
desfallecer de amor en el amante
abrazo anunciador de tu llegada.

Aguardo, con el alma toda oídos,
la vaga ondulación de tus vestidos,
de tu ágil planta la pisada incierta,

y el leve golpe tímido y lejano
de tu pequeña y enguantada mano,
que llama—toda trémula—á mi puerta.

VII

¡Oh, Juventud! ¡Oh, Juventud! ¿qué ha sido
del corazón y de su edad preclara,
de Abril florido y de la fuente clara
donde todos los sueños han bebido?

¡Vuelve á buscar la senda que has perdido,
el agua que tus labios refrescara,
los negros ojos y la blanca cara
que te dieron la dicha y el olvido!

¡Vuelve de nuevo á ser lo que antes fuiste!
En la penumbra de la estancia triste
te contemplé morir ensangrentada,

lívido el rostro y desgarrado el pecho,
¡como una novia muerta al ser violada
en su noche nupcial, sobre mi lecho!



VIII

Un viejo camarada llega á verme,
y de su voz al familiar encanto
siento cómo despierta todo cuanto
en mi florida adolescencia duerme.

El eco de su voz mis ojos cierra;
me hace soñar con cielos de zafiro,
y oyéndola, parece que respiro
los cálidos perfumes de mi tierra.

De pronto surge una silueta amada:
—¿Y Fulana?—pregunto, todo ansioso...
La voz amiga tiembla emocionada,

y una infinita palidez me cūbre
la faz, cuando suspira:—Halló reposo
con las últimas rosas del Octubre.

IX

Aurora triste

†

A Alejandro Sawa

Bajo la luz del alba dormita el caserío.
Un buey muge. Un gallo canta. La golondrina
en las floridas rejas de la ventana, trina
agitando las alas bañadas de rocío.

Silenciosas las sendas, y las ventanas todas
sin luz... Una tan sólo fulgura iluminada...
¿Un poeta que escribe canciones á su amada
ó una novia que cose su vestido de bodas?

Sobre el pueblo dormido y las calles lejanas
cruza un lento y severo plañido de campanas
que en los remotos valles, temblando va á extinguirse.

La luz azul y trémula de la aurora ilumina
á algún pálido rostro que, llorando, se inclina
á cerrar unos ojos que jamás han de abrirse.

HORAS FUGACES

I

A Busto Tavera

En las fiestas de un momento
se durmió mi pensamiento
en tus brazos, vida mía...
¡En las fiestas de un momento
perdí toda mi alegría!

Juventud ¿dónde te has ido?
¿en qué lecho te has dormido
que mi voz no te despierta?
Juventud ¿dónde te has ido,
en qué tumba yaces muerta?

Incansable pasajero,
á la vuelta de un sendero
unos ojos brillar viste...
Incansable pasajero
¿por qué el paso detuviste?

El encanto de un momento
embriagó tu pensamiento
y quedaste adormecido...
¡El encanto de un momento
para siempre te ha perdido!

II

A Guillermo Escobar

Un perfume melancólico
de amores deshoja el viento.

Rosas de fuego que sangran
entre la nieve de un seno;
ojos cerrados al mundo
y sólo para mí abiertos;

labios que esperan temblando
la iniciación de mis besos,
manos blancas que me llaman
agitando su pañuelo...

¡ Muy pronto iré! Tan callados
serán mis pasos, tan quedos
que no los oirá el Arcángel
vigilante de tus sueños...

El mar azul... La latina
vela tendida á los vientos...
y el resplandor de la lámpara
en la paz del aposento...
y tus ojos en mis ojos,
y tus besos en mis besos;

mis brazos á tu cintura
y tus brazos á mi cuello...

¡ y todo como soñado
en el fondo de un espejo!

III

Soledad

A Antonio Patricio

La luz verde, al filtrarse
por la persiana abierta,
daba al salón un húmedo
reflejo de caverna.

Yo solo...

Sonreía
á una esperanza vieja
que siempre en la penumbra
de algún rincón me acecha

para brindarme el fruto
de alguna dicha nueva...

Y le dije á la sombra:
—¿Por qué lejos? Acerca
tus labios á mi oído
y háblame, bajo, de ella...
¡tan bajo que ni el viento
averiguarlo pueda!—

En la estancia vecina
despertaron las teclas,
y su doliente música
me evocó la tristeza
de los niños que lloran
por coger una estrella...

IV

Sombra

A Affonso Lopes-Vieira

En las horas más tristes
de la vida, te siento
acercar á mi oído
tus suaves labios trémulos,
y decirme, tan bajo
como en un pensamiento:

—« ¡La hora ha sonado... Espera...
Ya se acerca...

La veo

alzar en la llanura
su humareda de incienso.

Deshojan sus sandalias
los rosales del huerto...

Desempolva su túnica
los antiguos espejos,
y se acerca á besarte,
con los brazos abiertos! »

Y al levantar la vista
siento como un pequeño
rumor de seda que huye,
y miro en el espejo
esfumarse su sombra
igual que un pensamiento.

V

Hojas secas

A Gabriel Miró

El jardín desierto,
húmedo... Las sendas
encharcadas... Flotan
jirones de niebla...

El parque está solo...
La fuente se queja;
y olvidado sobre
un banco de piedra

se deshoja un ramo
de rosas. La tierra
aterida y húmeda
parece una muerta
que en la sepultura
á pudrirse empieza...

La vida es fatiga,
lágrimas, tristezas...
ojos que se abren
y ojos que se cierran...

¡Con las pobres almas
lento el viento juega:
las lleva y las trae
igual que hojas secas!

VI

A Arturo R. de Carricarte

A veces entre los árboles
brilla fugaz á lo lejos
una luz verdosa y trémula
como la luz de un lucero.

¿Alguna virgen que espía
en el nocturno silencio
los leves pasos de seda
de algún presentido ensueño?

¿Un poeta melancólico,
embriagado de silencio
cincela joyas nupciales
en el oro de sus versos?

¿Brilla en las pupilas tímidas
que á la existencia se abrieron,
ó fosforece en el turbio
cristal de unos ojos muertos?

La luz se apagó de pronto
como temblando de miedo.

Turbó la paz de los campos
el ronco aullar de los perros,
que, avizores rastreaban
en las fragancias del viento
los pasos de algo invisible
que se perdió en el silencio.

VII

A Luigi Capuana

El piano de Otoño se queja,
y su queja tenaz y angustiosa
con las aves de paso se aleja
en la tarde de azul y de rosa.

Bajo el sol la alameda se enciende,
y temblando en el aire sonoro
lentamente hasta el suelo desciende
el dolor de su llanto de oro.

Llora amores la lírica queja
al rozar del marfil de sus manos.
Bajo el pie la hojarasca se queja
con quejidos y gritos humanos.

Suena el hacha en el bosque desierto,
mientras dobla en la torre lejana
por alguna doncella que ha muerto
el metal de la vieja campana.

.
Del Otoño en la tarde serena,
al conjuro fugaz de su mano,
el piano le dijo su pena
y ella dijo su pena al piano.

PEQUEÑAS ELEGÍAS

I

La ciudad muerta

A Guerra Junqueiro

¡Oh, la ciudad sin vida,
la vieja ciudad muerta,
que la luna, como un abandonado
cementerio blanquea!

Las calles silenciosas. Como tumbas
son las casas. Las puertas,
las ventanas, cerradas... Ni una sombra,
ni una luz, ni una queja.

El musgo crece en las ruinosas plazas,
las fuentes están secas.

El tiempo se ha dormido en los relojes
de las viejas iglesias,
que en la noche la inmensa pesadumbre
de sus moles fantásticas proyectan.

¡Silencio secular, ciudad sin vida,
elegía de piedra
llorando el abandono de una raza,
que á Dios orando, la rodilla en tierra,
sintió sonar la triste campanada
de su hora postrera!

¡Oh, la ciudad sin vida,
la vieja ciudad muerta,
que á la luna, como un abandonado
cementerio blanquea!

II

La casa muerta

A Santos Tavares

Entre negros cipreses
blanquean las paredes de la casa.

Está desierta. Sobre
la ojiva del balcón, ya no se alza
del escudo de mármol
la heráldica cimera empenachada.

Está ya muerta. Nadie
se asoma á las ventanas...

¡Detrás de los cristales ya no cosen
aquellas manos blancas!

Muda, bajo la sombra
de los altos cipreses, solitaria,

la casa es una tumba
en viejo cementerio abandonada...

Sólo á la media noche, cuando muere
la última vibración de las campanas,
cruza por los jardines silenciosos
una legión de sombras enlutadas...

¡Pobres muertos queridos, pobres muertos,
volved á vuestras tumbas solitarias!

¡El escudo de piedra han arrancado
manos plebeyas, y plebeyas plantas
profanan el silencio aristocrático
de las antiguas y grandiosas salas,

donde al son del pausado clavicordio
y á la luz de las trémulas arañas,
copiaron las doradas cornucopias
vuestras nobles pelucas empolvadas!

III

A Alfonso Gayo

Ya no se ven tras los cristales
que incendia el sol del Mediodía,
los rostros pálidos, las manos
blancas y exangües de las niñas
que en las serenas tardes, bordan,
ni en las nocturnas sombras brillan
los resplandores de una lámpara
sobre la paz de la familia.

Están cerradas las ventanas,
y melancólicas las brisas
de Otoño, húmedas deshojan
la enredadera ya marchita.

¡Adiós, le dije á la ventana,
donde en lejanas despedidas
tembló de miedo por la ausencia
su blanca mano entre las mías!

La casa duerme. Los cristales
copian el rostro de otras niñas
que bordan lentas, en la tarde;
y en las nocturnas sombran brillan
los resplandores de otra lámpara
sobre la paz de la familia.

HORAS DE AMOR
Y DE RECUERDO

A Víctor Pérez Petit

I

En esas horas íntimas de gran recogimiento,
cuando escuchamos hasta girar agonizante,
en torno de la lámpara que alumbra vacilante,
como una mariposa un vago pensamiento.

Cuando en la mano helada de una tristeza inmensa
el corazón sentimos temblar, aprisionado,
con un latir medroso de pájaro asustado,
y el alma está en la pluma, sobre el papel suspensa.

Cuando en el gran silencio nocturno se percibe
el hálito más ténue, el son más fugitivo,
y se funden en uno los cien ecos dispersos,

alguien dice á mi oído, con voz muy baja:—¡Escribe!...
Y yo, entonces, llorando y sin saberlo, escribo
esas cosas tan tristes que algunos llaman versos.

II

Tienen estos jardines esa lujuria triste
y caduca del último beso de despedida.
Al juntarse los labios se olvida cuanto existe,
y en el beso se pierde la noción de la Vida.

El aire es como una tibia mano de seda
que nos va adormeciendo á fuerza de caricias;
y en la sombra del verde sueño de la arboleda
hay bancos solitarios y altas hierbas propicias.

Edén de encantamientos fabulosos; jardines
con músicas de aguas y aroma de jazmines,
donde todo en un himno de amores se convierte,

hechos para las lágrimas de amante despedida,
para amarse en un beso hasta perder la Vida
y proseguir besándose á través de la Muerte.

III

Ten para todo, amada, una misma sonrisa;
porque todo es lo mismo: los astros y las rosas,
el huracán que atruena y la fragante brisa...
En todo la infinita vanidad de las cosas.

Es tan breve el camino por donde caminamos
que no vale la pena de pararse un momento...
Ni una huella en la senda, tras nosotros dejamos,
y el polvo que nos cubre se ha de llevar el viento.

El dolor es la sangre que corre por las venas;
nodrizas de la vida siempre fueron las penas...
Sólo el amor nos brinda un poco de consuelo...

Es la fuente que apaga la sed del peregrino...
Goza tu dicha: muerde la fruta del camino
antes que de madura caiga podrida al suelo.

IV

Desde las atalayas resonó la trompeta
de oro que al oído anuncia tu llegada,
y para recibirte, el alma del poeta
se vistió como una virginal desposada.

Como á través del humo de fragante incensario,
entre nubes de polvo, en la senda fulgía
tu belleza, en el solio dorsal de un dromedario,
toda resplandeciente de luz y pedrería.

Las trompas te aclamaron con estruendo, y un coro infantil cantó un viejo epitalamio de oro.
Llovieron rosas blancas en el aire tranquilo;

cruzó ante ti un guerrero desfile de legiones,
y al pisar tu pie el blanco mármol del peristilo
te saludó un salvaje rugido de leones.

V

Se adivina en el gárrulo temblor de la hojarasca
un estertor, un grito que eriza de pavora
el alma y los cabellos, y en el aire se masca
un húmedo y salobre olor á sepultura.

Sentimos nuestra alma morir en esta roja
tarde que se desangra sobre tersos cristales,
mientras el pensamiento, al acaso, deshoja
los frágiles ensueños de sus mustios rosales.

Todo se va extinguendo. El Tiempo pasa apenas
como el tic-tac de un péndulo que late en nuestras venas.
Se apaga la luz lívida de nuestra pesadilla

de sangre... Calla el viento, y el alma se despierta
al ver entre el ramaje á la luna amarilla
que asoma su faz pálida como la de una muerta.

VI

Por el balcón abierto, sobre la noche en calma
penetra tembloroso un rayo de luna,
envolviendo la estancia melancólica, en una
claridad que parece la claridad de un alma.

El silencio se escucha. En la brisa dormida
vuela una ténue esencia, un perfume bendito
que recuerda aquel vago perfume favorito
de alguien que en nuestros brazos abandonó la vida.

Se oye el más leve ruido, el más tenue... La hoja
de un libro que se vuelve, la flor que se deshoja...
Es hora en que el poeta sobre el papel se inclina

á la luz de la lámpara, y sollozando escribe
la canción más doliente á la sombra divina
de aquella que ya sólo en sus recuerdos vive...

HORAS DE ENSUEÑO

I

Pavana

A Julio Dantas

Sobre la vieja clave,
pálida mano blanca
toda llena de joyas
preludia una pavana.

Un rumor de abanicos,
de encajes y de gasas,
al despertar la música
en el salón se apaga.

Los muebles quedan solos...
Y riman las casacas
bordadas con la seda
pomposa de las faldas.

Y envuelta en la humareda
de luz de las arañas,
dentro de las floridas
cornucopias doradas,

ceremoniosamente
se refleja una vaga
inclinación de lentas
pelucas empolvadas...

Sobre la vieja clave,
pálida mano blanca
toda llena de joyas
preludia una pavana.

II

La rueca

A Jolanda

La Virgen cantaba,
la dueña dormía...
La rueca giraba
loca de alegría.

—¡Cordero divino,
tus blancos vellones
no igualan al lino
de mis ilusiones!

Gira, rueca mía,
gira, gira al viento...
¡ Amanece el día
de mi casamiento!

¡ Hila con cuidado
mi velo de nieve,
que vendrá el Amado
que al altar me lleve!

Se acerca... Lo siento
cruzar la llanura...
Sueña la ternura
de su voz el viento...

¡ Gira, rueca loca,
gira, gira, gira!
¡ Su labio suspira
por besar mi boca!

¡Gira, que mañana
cuando al alba cante
la clara campana,
llegará mi Amante!

¡Cordero divino,
tus blancos vellones
no igualan al lino
de mis ilusiones!»—

La luz se apagaba;
la dueña dormía;
la Virgen hilaba,
y sólo se oía

la voz crepitante
de la leña seca...
¡y el loco y constante
girar de la rueca!

III

La hermana

A Bianca María Cammarano

En tierra lejana
tengo yo una hermana.

Siempre en Primavera
mi llegada espera
tras de la ventana.

Y á la golondrina
que en sus rejas trina
dice con dulzura:

—¡ Por aquella espina
que arrancaste á Cristo,
dime si le has visto
cruzar la llanura!—

El ave su queja
lanza temerosa,
y en la tarde rosa
bajo el sol se aleja.

Desde su ventana,
mi pálida hermana,
pregunta al viajero
que camina triste:

—¡ Por tu amor primero,
dime si le viste
por ese sendero!—

Pero el pasajero
su calvario sube
y se aleja lento,
dejando una nube
de polvo en el viento.

Desde su ventana,
á la luna grita
mi pálida hermana:

—¡ Por la faz bendita
del Crucificado,
dime en qué sendero
tu rayo postrero
su paso ha alumbrado!—

La luna la vaga
llanura ilumina,
trémula declina
y en el mar se apaga.

Acaso yo errante
pase vacilante
bajo tu ventana;
y sin conocerme,
mi pálida hermana,

preguntes al verme
venir tan lejano:

—Dime, peregrino,
¿has visto á mi hermano
por ese camino?

IV

Scherzo

A Luis Barreda

Junto á la dudosa
lámpara te espero
leyendo...

Una rosa
muere en el florero.

Llueve...

Lentamente
desfilan las Horas...

¿Por qué, alma impaciente,
cuando esperas, lloras?
La estancia desierta...
Aún sobre el piano
la sonata abierta
sueña con tu mano.

Suspira en el eco
tu voz... La almohada,
que aun conserva el hueco
de tu sien, espera
la lluvia dorada
de tu cabellera...

Y perfuma el viento
de la vieja estancia,
la tibia fragancia
que exhala tu aliento.

.

La clara y fulgente
luz de la mañana
brilla en la ventana
abierta...

Se siente
lejana campana...

El libro cerrado,
la rosa marchita...
El reloj parado
señala la cita.



Fantasia morisea

A Alfredo Murga

El reló encantado
retumba la una.

Bajo el plateado
temblor de la luna,
la fuente sonora
del patio, entre tanto,
nos cuenta el encanto
de la reina mora.

Un dragón vigila
su lóbrego encierro.
La feroz pupila
se revuelve inquieta.
A quien mira, mata.

La mano de hierro
crispada aún, sujeta
la llave de plata.

Lenta el agua llora,
y la reina mora,
sola con su llanto,
espera el acero
del joven guerrero
que rompa el encanto.

Pálida y sumisa,
bajo una palmera,
con su peine de oro

y marfil, alisa
el negro tesoro
de su cabellera.

El reló encantado
retumba la una.

Bajo el plateado
temblor de la luna,
la fuente sonora
del patio, entre tanto,
nos cuenta el encanto
de la reina mora.

VI

¡Pietá, signor!

A Francesco Rocchi

¡Pietá, signor! la música
solloza.

¡Pietá, signor! murmura
una voz angustiosa
que arrodillada, al cielo
misericordia implora.

Es el grito del náufrago
que hundido entre las olas
su mano alza, buscando
la tabla salvadora.

Es el grito de un alma
que gime temerosa
viéndose en el silencio
amenazada y sola...
¡Amada! Sé tú siempre
bondad, misericordia.

¡Arrodillada reza
por todos los que lloran,
por todos los que sufren,
por esas almas solas
que perseguidas buscan
un refugio en tu sombra!...

Ten siempre para ellas
la sonrisa en la boca...
Jamás la tierra verde
vuelva á tornarse roja.

El mundo entero sea
una familia sola.

¡Pietá, signor! la música
solloza.

¡Pietá, signor! murmura
una voz angustiosa
que arrodillada, al cielo
misericordia implora.

TÉRMINUS

A Biagio Chiara.

Términus

En un negro silencio me he perdido.
La noche envuelve mi camino. Nada
en la sombra percibe la mirada,
ni el más leve rumor llega al oído.

No late el corazón, ni escucho el ruido
que en las sendas produce mi pisada.
¡Quién sabe, si al final de la jornada,
la propia obscuridad será el olvido!

Sin sentir, sin pensar... Estoy más muerto
que los que el mármol del sepulcro encierra.
Y soy en la aridez de este desierto

el sueño de algún alma desterrada
que cansada de andar sobre la tierra
regresa á los misterios de la Nada.

FIN



ÍNDICE

ÍNDICE

	Págs.
DEDICATORIA... ..	7
<i>La canción de la vida...</i> ..	11
Horas sentimentales:	
I.—Las niñas grises ..	19
II.—Los ciegos... ..	23
III.—Flor de otoño... ..	27
IV.—La canción del regreso... ..	31
V.—Canción de juventud ..	35
<i>Samaritana</i> ..	39
Horas de sol, de otoño y de nieve:	
I.—Mediodía ..	47
II.—Egloga... ..	51
III.—Un surtidor lagrimea ..	55
IV.—Las sombras de las olivas... ..	57
V.—Nuestra asfixia paladea. ..	59
VI.—Perfume de otoño... ..	61
VII.—Otoño... ..	63
VIII.—Crepúsculo... ..	65
IX.—Nieve ..	69
X.—Página blanca... ..	73
XI.—La fuente... ..	77

Myosotis :

I.—El libro de mis versos tiene un registro rosa.	83
II.—Una oración se eleva del jardín. En alguna.	85
III.—Paisaje inverosímil de cosas increadas...	87
IV.—Bajo la cofia blanca el rostro amarillento ...	89
V.—Do, re, mi, fa... — La Virgen da lección de solfeo	91
VI.—La cita.	93
VII.—¡Oh, juventud! ¡Oh, juventud! ¿Qué ha sido?	95
VIII.—Un viejo camarada llega á verme	97
IX.—Aurora triste	99

Horas fugaces :

I.—En las fiestas de un momento... .. .	103
II.—Un perfume melancólico	105
III.—Soledad.	107
IV.—Sombra.	109
V.—Hojas secas.	111
VI.—A veces entre los árboles	113
VII.—El piano de otoño se queja... .. .	115

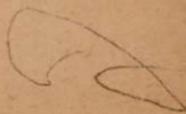
Pequeñas elegías :

I.—La ciudad muerta... .. .	119
II.—La casa muerta	121
III.—Ya no se ven tras los cristales... .. .	125

Horas de amor :

I.—En esas horas íntimas de gran recogimiento.	129
II.—Tienen estos jardines esa lujuria triste... .. .	131
III.—Ten para todo, amada, una misma sonrisa ...	133
IV.—Desde las atalayas resonó la trompeta	135
V.—Se adivina en el gárrulo temblor de la hoja-rasca	137
VI.—Por el balcón abierto sobre la noche en calma.	139

	<u>Págs.</u>
Horas de ensueño :	
I.—Pavana.	143
II.—La rueca	145
III.—La hermana	149
IV.—Scherzo.	153
V.—Fantasía morisca	157
VI.—¡Pietá, Signore!	161
<i>Terminus</i>	167
<i>Indice</i>	169



3.000

1^{er} col

borde supérieur de la
partie recadrée

- AN

- ALM

- LE1

- P1



F. Granada y C.^a, Editores * Diputación, 344, Barcelona

	Ptas.
F. VILLAESPESA.—El jardín de las quimeras.	3
» Las horas que pasan.	3
E. HEINE.—Poesías traducidas en verso castellano y precedidas de un prólogo, por Teodoro Llorente. Nueva edición corregida y aumentada con <i>El Mar del Norte</i> , <i>Nueva primavera</i> y otras composiciones.	2
MELCHOR DE PALAU.—El libro de los cantares, un tomo ilustrado.	3
MELCHOR DE PALAU.—Verdades poéticas.	2
» Ultimos cantares, tiraje único de 100 ejemplares numerados en papel de hilo.	5
ALICE PESTANA (CAÏEL).—Desgarrada, novela traducida del portugués por H. Giner de los Ríos.	3
RAMÓN DEL VALLE INCLÁN.—Sonata de Primavera.	2
» » de Estío.	2
» » de Otoño.	2
» » de Invierno.	2
» Aguila de Blasón	3'50
» Romance de lobos.	3'50
RUBÉN DARÍO.—Cantos de vida y esperanza. Los cisnes y otros poemas	5
RUBÉN DARÍO.—Azul...	2
El libro de los himnos. Colección de himnos nacionales de las naciones del antiguo y nuevo continente.	5

EN PUBLICACIÓN

Obras completas de CARDUCCI

Traducidas al idioma español, por H. Giner de los Ríos y E. Marquina